

Glikl bas Judah Leyb. Memorias de una mujer de negocios del siglo XVII

Glikl bas Judah Leyb. Memoirs of a Businesswoman in the 17th Century

Alicia Ramos González

Universidad de Granada.

Recibido el 10 de junio de 2005.

Aceptado el 4 de julio de 2005.

BIBLID [1134-6396(2004)11:1; 199-225]

En el año 5451 comienzo a escribir con grandes preocupaciones y problemas, y, como se verá más adelante, con gran dolor. Que el Señor nos alegre en los días de nuestros sufrimientos y nos envíe pronto al Mesías, nuestra salvación. Amén.

Corre el año 1689 y Glikl bas Judah Leyb ha empezado el primer libro de los siete que compondrán sus *Zijroynes*, unas memorias que tardará treinta años en concluir y que no serán publicadas hasta casi dos siglos después de su muerte, acontecida el 19 de septiembre de 1724. La viuda Glikl es madre de doce hijos —una prometida y siete aún por dar dote y casar—, tiene algo más de 40 años, vive en Hamburgo y pertenece a la comunidad judía asquenazí de la luterana ciudad germana. Esta judía de diáspora dedica todos sus días al cuidado de sus hijos y a defender el patrimonio familiar, y consagra las largas noches en soledad a escribir su vida para dejarles a sus descendientes un testimonio de su fe, espiritualidad y coraje.

Es, pues, en el año 5407¹ cuando, con la ayuda del Misericordioso Dios, su «pura y piadosa madre», Beyla bas Natán, la da a luz en una Ashkenaz en tránsito a la Modernidad. Hija también de Judah Yoysef, comerciante y *parnes*² de la comunidad judía hamburguesa, Glikl nace en una Alemania devastada por la Guerra de los Treinta Años en la que los judíos son suce-

1. Finales de 1646 o principios de 1647, según el calendario gregoriano. Abundante información sobre la vida y el mundo de Glikl puede encontrarse en DAVIS, Natalie Z.: *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*. Madrid: Cátedra, 1999, pp. 19-30.

2. Líder o jefe electo de una comunidad. Solía ser nombrado por períodos de uno o tres años.

sivamente expulsados, hostigados y tolerados por sus vecinos *goym*³, y la comunidad hebrea sufre una crisis en su milenaria forma de vida debido al cambio de la realidad y las ideas que marcan el final de la Edad Media.

Tras una infancia entre Hamburgo y la vecina Altona, cuando Glikl no empezaba a ser más que una adolescente, su padre dispuso un buen emparejamiento con un joven que podría mantenerla y serle honrado y fiel. Entonces Glikl fue comprometida con Haym ben Yoysel, un judío sólo algo mayor que ella que procedía de una familia de tratantes en gemas de Hamelín. Dos años más tarde se celebraron los esponsales en la ciudad del novio: ella todavía no había cumplido los catorce y bajo la *jupe*⁴ encontró a un desconocido. Tras la boda, sus padres volvieron a casa y Glikl se quedó «en una ciudad extraña, entre extraños». No fue fácil para esta joven judía, bien educada y de una familia reputada, alejarse de su círculo familiar en la ciudad hanseática y adaptarse a la vida en aquel «pobre y gris» lugar junto al río Weser, donde la guerra había reducido la otrora floreciente comunidad judía a tan sólo dos familias —una de ellas la de Yoysel ben Baruj, su suegro.

Trascurrido un año en el que la pareja hizo tratos con pequeños granjeros y préstamos sobre empeños, y cumpliendo con la dote fijada en la ceremonia de compromiso, los jóvenes retornaron a la ciudad del Elba. El padre de Glikl había prometido dar el *kest*⁵, es decir, correr a cargo de la manutención completa de su yerno durante dos años completos a fin de que éste pudiera continuar sus estudios religiosos, libre de cualquier carga económica. Sin embargo, fue probablemente la ayuda voluntariosa de Glikl en los asuntos terrenales lo que decidió al joven Haym a tomar la decisión de independizarse de su suegro sólo algunos meses después. Aunque la joven esposa fuera considerada únicamente un agente de su marido, seguramente ella no sólo se encargase de la redacción de contratos y de supervisar los libros de cuentas, sino que además llevase sus propios préstamos y dirigiese gran parte del negocio de oro desde casa, lo que permitió a Haym dedicar varias horas al día a asuntos más espirituales, cumpliendo rigurosamente con el estudio de su porción diaria de *Talmud*.

Por este mismo tiempo Glikl concibió a su primer hijo, una niña, Tsipore, y aunque los judíos sólo se regocijaban y festejaban el nacimiento de los varones, años más tarde, cuando Glikl escribió sobre ello en sus *Zijroynes* —para extender su segundo libro, según confiesa⁶— no fue en la descripción

3. Gentil, no judío.

4. Palio nupcial bajo el que se sitúan los novios en la ceremonia de casamiento.

5. Parte de la dote para los judíos de las comunidades del Este de Europa.

6. Todas las traducciones que aparecen aquí están realizadas a partir del original yidish, Glikl Hamil, *Zijroynes*, Amherst (MA): Steven Spielberg Digital Yiddish Library, National

de la felicidad de su marido y la maravillosa fiesta de *brismile*⁷ que hicieron después de la llegada de su segundo hijo —un varón al que pusieron por nombre Natán—, en lo que ella se detuvo, sino en el relato de un tierno suceso que le aconteció cuando acababa de dar a luz a su primogénita.

En la época en la que vinimos a Hamburgo descubrí que estaba embarazada y mi madre, que viva muchos años, lo estaba también. Aunque yo aún era una niña para la que estas cosas no eran normales y resultaban muy duras, me sentí muy feliz cuando el Todopoderoso me obsequió con una bonita y saludable niña. Mi madre, que esperaba que su hijo llegara casi al mismo tiempo que el mío, estuvo encantada de que yo hubiera tenido a mi bebé antes, ya que así pudo atendernos en los primeros momentos. A los ocho días, ella dio a luz también a una niña, así que no hubo nada que envidiar entre nosotras. Juntas en una habitación, una al lado de la otra, apenas podíamos descansar con toda la gente que venía apresurada a contemplar la maravilla de ver a madre e hija recién paridas yaciendo allí.

Para hacer este libro un poco más largo y así pasar más tiempo ocupada, escribiré sobre un bonito incidente que tuvo lugar después.

Como era invierno, mi madre y yo dormíamos juntas en una pequeña habitación. La familia de mi padre era grande y la estancia estaba abarrotada, aunque padres e hijos sufrían las incomodidades bastante pacientemente. Yo abandoné el lecho de parto ocho días antes que mi madre y, para que la habitación estuviera menos atestada, volví a mi propia cámara. Como era tan joven, mi madre no me permitió que me llevara a la niña, así que ella quedó en su habitación, donde además de mi madre, dormía su criada. Para que no me preocupara, ella me prometió que si el bebé lloraba me lo enviaría con la criada para que le diera el pecho y luego ésta lo devolvería a su cuna. Así yo quedé conforme.

Durante varios días todo fue bien. Alrededor de la media noche la criada me traía la niña a la cama para que la amamantara. Pero una madrugada, más o menos a eso de las tres, me desperté de un salto y le grité a mi marido, «¿qué ha podido pasar? ¡La criada aún no ha traído a la niña!». Él contestó, «estará todavía durmiendo». Pero yo no me quedé tranquila, así que corrí a la habitación de mi madre para ver lo que le había ocurrido. Fui derecha a la cuna y, ¡estaba vacía! Aunque tenía mucho miedo, temí gritar y que mi madre se asustara. Entonces me acerqué a la cama de la criada y comencé a sacudirla para que se despertara. Pero estaba en un sueño tan profundo que tuve que gritarle para poderla sacar

Yiddish Book Center, 1999, reproducción de la edición publicada en Buenos Aires por el Ateneo Literario en el IWO en 1967.

7. Ceremonia de circuncisión que se realiza al octavo día del nacimiento de un varón.

de él. Le pregunté, «¿dónde está mi bebé?». Adormilada, murmuró algo sin saber qué estaba diciendo. Mi madre, que viva largos años, se despertó y empezó a gritarle también, «¿dónde está el bebé de Glikl?». Pero estaba aún tan atontada que no podía dar una respuesta clara. Entonces le dije a mi madre, «mamá, ¿no tendrás tú a mi bebé en la cama contigo?». Ella respondió «¡No! Tengo a mi niña», y la apretó contra su regazo como si alguien estuviera intentando arrebatársela. Me acerqué a la otra cuna y allí estaba su bebé, ¡dormido, sin comer! «Mamá», grité, «devuélveme a mi niña, la tuya está en su cuna». Como no me creyó, tuve que encender una luz y llevarle a su bebé, para que me devolviera el mío.

Con tanto revuelo todo el mundo se había despertado, pero en seguida la consternación se volvió risas, y bromeamos sobre que, de continuar la confusión, pronto habríamos necesitado al rey Salomón. (*Zijroynes*, pp. 92-93).



Después de Tsipore y Natán, Mati llevó a Glikl a la cama. Y luego Mordejay y Hanne, Ester, Leyb, Yoysef, (?), Híndele, Zanvel, Moyshe, Fraydele y Mire. Catorce embarazos, dos hijos malogrados y doce para amamantar, criar, velar y cuidar hasta ver redactada la *ksube*⁸ de cada uno de ellos. Al mismo tiempo, Haym, que había comenzado con la venta de oro, prosperaba en los negocios, comerciando con piedras preciosas, plata y perlas, y viajando dentro y fuera de Alemania mientras su esposa, en ropa de casa, le ayudaba en todas sus transacciones, dirigía el hogar y asumía en soledad la carga y los desvelos de la crianza de tantos hijos.

Observé, mientras vestía a Tsipore que la niña se echaba hacia atrás cuando la tocaba.

—«¿Qué te duele, Tsipore querida?», le pregunté.

—«Mamita», respondió la niña, «me duele mucho debajo del brazo».

La miré, descubrí que tenía un forúnculo en la axila. Mi marido también había tenido uno, que curó con un pequeño emplastro aplicado

8. Contrato matrimonial.

por un ensalmador de Hanover. Así que le dije a la sirvienta que estaba conmigo:

—«Ve a buscar a mi marido que está en la sinagoga y pregúntale a qué ensalmador fue y dónde vive. Después lleva a la niña allí y haz que le apliquen un emplasto».

No pensé en nada malo.

[...]

La anciana polaca bajó y dijo:

—«¿Dónde está la pequeña?»

—«¿Por qué?», respondí yo.

—«Soy curandera», me dijo, «puedo darle algo que la hará mejorar enseguida».

Sin sospechar ningún mal, le entregué la niña. Al ver a la niña salió corriendo y subió precipitadamente adonde estaban las mujeres llorando:

—«Huid! ¡Marchaos todas de aquí, salid, corred! A causa de nuestros grandes pecados tenemos la verdadera plaga en la casa. ¡La pequeña tiene la peste!». (*Zijroynes*, pp. 107-109).

Durante tres décadas, la vida diaria en el hogar de Glikl discurrió como la de cualquier familia del barrio judío de Hamburgo. Haym observaba los preceptos del judaísmo y Glikl aleccionaba a las niñas en los deberes y obligaciones de cualquier hija de Israel y vigilaba la educación de sus hijos, orientada a capacitarlos para continuar el negocio familiar o, en el caso de los más dotados, a convertirlos en eruditos talmúdicos. Afuera, una judería del siglo XVII que se levantaba y descansaba al ritmo de las palabras de la *Torah*, adormecida en costumbres y tradiciones de cientos de años, casi inmutable dentro de la bulliciosa y cambiante ciudad portuaria.

Pero en el año 1665 un suceso despertó bruscamente a los judíos de Tierra Santa y a aquellos de la Diáspora que, como sus padres habían hecho antes, sufrían el largo exilio. Había llegado el Mesías.

Desde Asia Menor surgió Sabetay Zvi, un líder carismático, un joven sefardí de personalidad atractiva y cautivadora, que enardeció a miles de seguidores al proclamarse el Salvador. Judíos sefardíes y asquenazíes, se sumieron en el fervor, la plegaria, el ayuno y el éxtasis esperando el comienzo de la nueva era mesiánica y el regreso a la Tierra Santa, donde se restauraría el Reino de Israel. El delirio de las comunidades judías del Mediterráneo y Centroeuropa acabó cuando descubrieron que su mesías traidor se había convertido al Islam. Los judíos, tratando de olvidar el trauma sufrido, intentaron tachar todo lo que se había escrito de Shabetay Zvi en libros y documentos internos de las comunidades, pero la crisis que el movimiento shabetaico provocó y que dio lugar a la destrucción del mundo judío medieval no pudo ser borrada del espíritu y la memoria de la judía

alemana, que refirió, como sólo Glikl podía hacerlo, cómo este momento trascendental para el judaísmo afectó a su familia.

Por aquel entonces, la gente comenzó a hablar de Sabetay Zvi. Pero, a causa de nuestros pecados, la desgracia cayó sobre nosotros y no vivimos para ver aquello que esperábamos. Cuando recuerdo la penitencia hecha por jóvenes y mayores. Es imposible describirlo, pero el mundo entero lo sabe. ¡Oh, Señor del Universo, en aquellos momentos nosotros esperábamos que Tú, Misericordioso Dios, tuvieras piedad de Israel y nos redimieras del exilio! Nuestra decepción fue como la de una parturienta que, tras muchos esfuerzos y dolores en la horquilla, espera ansiosa el nacimiento de su hijo, pero, desgraciadamente, en lugar de éste, sólo sale aire. Así, mi gran Dios y Rey, es como nosotros nos sentimos. Todos tus siervos, todos tus hijos hicieron penitencia, recitaron oraciones y dieron generosas limosnas por todo el mundo. Durante dos o tres años tu pueblo Israel estuvo en la horquilla —pero nada salió, excepto aire. No merecimos ver al anhelado hijo, sino que, por nuestras muchas faltas, nos quedamos ni aquí ni allá —sino justo en el medio. Aún cada día tu pueblo espera que Tú, en tu infinita misericordia, lo redimas y que venga el Mesías —si es tu divina voluntad liberar a tu pueblo, Israel.

La alegría, cuando llegaban las cartas, no se puede describir. La mayoría las recibían los portugueses, que las llevaban a su sinagoga para leerlas en voz alta. Los alemanes⁹, jóvenes y viejos, también iban a la sinagoga portuguesa para escucharlas. Los sefardíes lucían en estas ocasiones sus mejores ropas y llevaban anudado al talle una gran cinta de seda verde —el color de Sabetay Zvi [...] Mucha gente vendió su casa y cuanto poseían esperando la llegada de la redención mesiánica.

Mi suegro, la paz sea con él, [...] nos envió a Hamburgo dos grandes barriles llenos de ropa de cama y todo tipo de comida imperecedera —guisantes, carne ahumada, toda clase de frutos secos. El buen hombre pensaba partir desde Hamburgo hacia Tierra Santa.

Estos barriles estuvieron más de un año en mi casa. Al fin, temiendo que la carne y las otras cosas se echaran a perder, mi suegro nos escribió instándonos a abrir los barriles y sacar toda la comida, para que la ropa que había debajo no se estropeará. Allí estuvieron tres años más, esperando que mi suegro los necesitase para su viaje (*Zijroynes*, pp. 102-104).

Aunque durante varias décadas la historia de la vida de Glikl se reduce al ámbito privado, ocupada por las cosas cotidianas del hogar y la familia,

9. Con portugueses, Glikl se refiere a los judíos de origen sefardí que vivían en Hamburgo, mientras que a los judíos de origen ashkenazí, los llama alemanes. Cada una de estas comunidades judías tenía su propia sinagoga en la ciudad.

ella también trabajó activamente en el negocio de Haym Hamelín, algo nada inusual por otra parte en el mundo judío del siglo XVII.

En el centro y este de Europa las mujeres llevaban siendo durante siglos las sustentadoras de los hogares judíos. Mientras el cabeza de familia dedicaba su vida al estudio de los Textos Sagrados, ellas trabajaban fuera de casa para poder mantener a los hijos, aunque muy pocas estuvieran preparadas y cualificadas y padecieran una economía débil. Las mujeres judías pensaban que si sus maridos podían alcanzar el cielo a través de las páginas del *Talmud*, ellas podían ganar el favor a los ojos de Dios si ayudaban a sus esposos en esta empresa, criando y educando a sus hijos y manteniendo sus hogares. Así que conducían la casa, los negocios y representaban a sus esposos. Las judías estaban involucradas en una extensa variedad de oficios y profesiones. Vendían en los puestos del mercado, hacían queso, criaban aves, trabajaban como camareras, lavanderas, cocineras y hacían los trabajos domésticos; cosían, bordaban, tejían, confeccionaban velos, sombreros; trabajaban en las imprentas o en las pequeñas fábricas y destilerías de sus padres o maridos.

Además, Glikl, al igual que su madre y la madre de ésta, se dedicó por su cuenta al préstamo de dinero —en Alemania más de una cuarta parte de este negocio estaba en manos de las mujeres. Pero fue sólo después de enviudar cuando Glikl, según la Ley judía, se convirtió en una entidad legal dentro y fuera de la comunidad judía y pudo asumir plenamente el control del negocio de joyería y piedras preciosas que habían conseguido consolidar en sus años de matrimonio.

Cuando Haym murió, en 1689, Glikl sintió que aquel extraño con el que su padre la había casado se había convertido a lo largo de los años en su compañero, un amigo que ahora la dejaba sola con el negocio y muchos hijos. Los rigores de la ausencia convirtieron sus horas en días eternos, vencidos, en noches de abatimiento, con la pluma con la que Glikl dio palabra a muchas emociones y pensamientos, y al dolor que había callado cuando Haym Hamelín, de bendita memoria, se despidió de ella. Los Libros Sagrados tenían razón: su matrimonio —como decía el *Talmud*— se había concertado en el cielo.

¿Qué puedo escribir, queridos hijos, de nuestra gran pérdida? ¡Decir adiós a un marido así! [...] Ojalá Dios tenga compasión y sea un padre para mis huérfanos, porque Él es el único padre de aquellos que no lo tienen. Pero aunque silencie mi llanto y mi pena, tendré que llorar a mi amigo todos los días de mi vida. Murió el domingo, 24 de *Tebet* de 5449¹⁰, y fue enterrado el mismo día. Toda la comunidad lloró y lamentó su muerte,

10. 16 de enero de 1689, según el calendario gregoriano.

fue un golpe tan inesperado y repentino. Rodeada por mis hijos, cumplí los siete días de duelo, qué visión tan penosa, yo y mis doce hijos [...] Todos nuestros amigos y conocidos, hombres y mujeres, vinieron cada día de la semana del duelo a consolarnos. Mis hijos, hermanos, hermanas y amigos me confortaron lo mejor que pudieron. Pero cada uno después volvía a casa con sus seres queridos, mientras que yo me quedaba sola con mi pena y mis huérfanos.

Caí del cielo a la tierra. Había tenido a mi marido durante treinta años y había disfrutado a través de él de todo lo bueno que cualquier mujer podría desear. Siempre fue considerado conmigo, incluso después de su muerte, pues pude seguir en una posición confortable y buena reputación. ¿Pero qué ayuda es ésa? (*Zijroynes*, pp. 221-223).

Los diez años siguientes a la muerte de su marido, la vida de la viuda Glikl transcurrió asistiendo a las ferias de las grandes ciudades germanas, dirigiendo sus propias operaciones de bolsa en las Lonjas, concediendo préstamos, gestionando deudas y relacionándose en los círculos de los más influyentes comerciantes de la ciudad. Glikl hizo prosperar un taller de confección de calcetas y escarpines, y consiguió establecer relaciones comerciales con otras grandes capitales de Centroeuropa. Y todo ello mientras iba y venía intentando obtener buenos y rentables tratos matrimoniales para sus hijos e hijas, y les procuraba cuantiosas dotes, que antes que un lujo eran una necesidad, una provisión para el futuro y una suma de capital para comenzar sus propios negocios.

La hija de Judah Leyb, la viuda de Haym Hamelín, se había convertido, con poco más de 50 años, en una de las mujeres más importantes e influyentes de la ciudad de Hamburgo. Si bien otras judías y gentiles entendían de negocios en Ashkenaz, Glikl era consciente de que pocas mujeres tenían su posición y de que ella era una excepción dentro de un mundo de hombres. Sin embargo, a buen seguro, antes de importarle daba gracias a Dios por ello, pues nada más empezar a contar su nacimiento e infancia en las memorias que por estos años estaba escribiendo, Glikl había anotado:

Aunque nuestros sabios han dicho «bueno es no haber nacido mujer», fue mejor no haberlo hecho varón, pues el hombre tiene tantos padeceres en este mundo pecador. Doy, pues, gracias a mi Creador por hacerme a su imagen y semejanza (*Zijroynes*, pp. 42-43).

Durante años, las largas y agotadoras jornadas de trabajo se terminaban cuando Glik se quedaba a solas, en su cuarto, anotando todo aquello que creía debía quedar registrado en aquel documento de vida: nacimientos, matrimonios, embarazos, partos y las pérdidas de seres amados. Y todo ello mezclado con los usos y modos de comercio, los vínculos mantenidos con sus vecinos y

la piedad y la observancia religiosa entre los judíos, trazando un fiel retrato de la vida y valores de la judería germana y también de sí misma, como esposa, madre y abuela, comerciante y mujer de libros y pluma.

El volumen de los negocios de la viuda Glikl la convirtió a ella misma en un buen partido para un casamiento de conveniencia. Cuando Glikl se acercaba a los 55 años de edad, aún debía pasar muchos días fuera de casa, viajando de acá para allá, asistiendo a ferias y mercados, agobiada por los asuntos económicos, las transacciones financieras en la Bolsa, el negocio de importación desde los Países Bajos y el comercio de perlas y piedras preciosas. Así que sus hijos resolvieron que un nuevo matrimonio era la solución para una mujer que envejecía arrastrando los muchos sufrimientos de la vida y soportando la pérdida de varios de sus seres más queridos —entre ellos, sus amados Mati, Híndele y Zanvil. De modo que le propusieron que aceptara la oferta de Hirsh Levy, un importante banquero de la región de Lorena y el presidente de la comunidad judía de Metz, y ella así lo hizo. Comenzaba a estar cansada y aún debía casar a su pequeña Miriam.

En el contrato matrimonial de Glikl se incluyeron derechos y obligaciones, dote y manutención, pero, por supuesto, no el amor.

Tras las nupcias, en 1700, Glikl de nuevo se quedó sola en una ciudad extraña, entre extraños y apenas dieciocho meses después el destino obró para que su nuevo marido perdiera toda su fortuna y la mayor parte de su dote. Aquello terminaba con la promesa de una vejez serena y con el sueño de toda judía piadosa de morir en Tierra Santa. Truncada su libertad —Glikl se vio obligada a depender económicamente de sus hijos pues apenas podía hacer pequeños préstamos con los pocos reichstaler que habían quedado de su dote—, viviendo junto a un hombre al que no amaba, su único consuelo fue ver cómo sus hijos y nietos prosperaban, consolidando aquello por lo que ella tanto había trabajado.

Después de la muerte de su segundo marido, acaecida en 1712, Glikl vivió sola y empobrecida durante tres años en los que, sin embargo, encontró paz y tiempo para dedicarse en cuerpo y alma a la lectura y a componer el último libro de sus memorias. Luego, demasiado mayor, cansada, avergonzada y, quizá también enferma —Glikl apenas volvería a escribir—, fue a vivir a casa de una de sus hijas, donde murió algunos años después.

En la última página de sus *Zijroynes*, en un texto añadido en septiembre de 1719, cuando Glikl agotaba sus últimos años en la ciudad de Metz, anotó esta mística visión que bien pudiera representar el sosegado final del curso de su vida

En *Nisán* de 5479 estaba una mujer lavando la ropa en el río Mosela. Era de noche, sobre las diez, pero había tanta luz como si fuera de día. La mujer volvió sus ojos al cielo. Parecía como si éste se hubiera par-

tido y de su interior saltaran chispas brillantes. Luego el cielo volvió a cerrarse, como si alguien hubiese corrido una cortina, y de nuevo se hizo la oscuridad.

¡Qué el Señor dé lo que para todos sería bueno, Amén! (*Zijroynes*, p. 352).

Glikl bas Judah Leyb, zijroyne livroje
Glikl bas Judha Leyb, bendita sea su memoria

Las Zijroynes de Glikl bas Judah Leyb

Mis queridos hijos, estoy escribiendo sobre nuestra familia para vuestros hijos y nietos, que hoy o mañana puedan no saber de ella. Y lo hago con brevedad, ansiosa sólo de que puedan conocer de dónde descienden (*Zijroynes*, p. 89).

En la historia literaria judía, las *Zijroynes* de Glikl aparecen en el siglo XVII junto a otros escritos autobiográficos, como los del italiano León de Módena o Abraham Ben Hannaniah Yagel, los dos, autores masculinos. Las diferencias entre ellos —rabinos o prodigios de erudición, autores además de trabajos éticos y religiosos— y Glikl bas Judah Leyb —una mujer que trabaja para vivir y escribe para pasar las largas noches de insomnio—, y las distintas lenguas empleadas en la redacción de las memorias —el hebreo en las Módena y Yagel, el judeo-alemán en las de la autora de Hamburgo—, revelan la división de sexos que existía en el mundo cultural judío¹¹.

Hasta el comienzo del siglo XX, en las comunidades judías de Europa, el hebreo era la Lengua Santa, la lengua escrita y la lengua de la sinagoga y las prácticas religiosas, y se identificara con el discurso moral e intelectual y con los hombres, los únicos que, en las escuelas religiosas judías, aprendían textos sagrados hebreos. La lengua de la Torah era sólo la lengua de los estudiosos y rabinos. El yídish, por el contrario, era la lengua hablada, en los negocios, las relaciones sociales, y en el hogar, y por ello se vinculó con todo lo secular y, naturalmente, con las mujeres. De modo que el yídish, denostado como una jerga sentimental y femenina fue llamado la *mame-loshn*, la lengua de mamá.

Podemos decir, pues, que la obra de Glikl está escrita en una lengua femenina y pertenece a un género puramente femenino también, las memorias. A pesar de ello, pocos son los relatos vitales de mujeres judías que han resistido al anonimato de los espacios privados. Sabemos por documentos

11. Para más información sobre la composición de las memorias de Glikl, véase DAVIS, Natalie Z.: Ver referencia 1, pp. 42-44.

escritos y fuentes orales que las mujeres judías redactaban testamentos que iban más allá de la simple declaración de la última voluntad —la propia Glikl apunta en su texto al documento de la piadosa Peysele, una mujer excepcional cuyo testamento «es una maravilla leer» (*Zijroynes*, p. 190)— y también oraciones que dejaban a sus hijos como herencia, algunas de las cuales, después de años, tras generaciones, eran halladas y publicadas anónimamente para ser recitadas por piadosas judías dentro del espacio privado del hogar. Pero el descubrimiento y posterior publicación en 1896 de las *Zijroynes* de Glikl bas Judah Leyb sacaron a la luz las primeras memorias de una mujer judía. Una historia de vida que, contada a lo largo de siete libritos, no sólo recuerda la existencia de esta judía comerciante de Hamburgo a través de los latidos de los ciclos de la vida sino que además dan palabra a muchos silencios, rellenan muchos huecos en la historia. Así, las remembranzas de Glikl bas Judah Leyb, junto a los posteriores escritos autobiográficos de Paulina Epstein Wengeroff (1833-1916), Pua Rakovsky (1865-1955) y Bella Rosenfeld Chagall (1895-1944), representan la otra historia judía de los siglos XVII a XX.

Las memorias de Glikl son una fuente esencial para el conocimiento de las dimensiones económicas, sociales y religiosas de la vida judía cotidiana en tierras germanas a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, y describen la vulnerabilidad a la enfermedad y la violencia que caracterizaban a la población europea de su época. Las evocaciones de Wengeroff —*Memoiren einer Grossmutter: Bilder aus der Kulturgeschichte der Juden Russlands im 19. Jahrhundert* (Berlín: Verlag von M. Poppelauer, 1913)—, completan un cuadro personal, cultural y antropológico sobre su infancia, la vida en el hogar y los roles y rituales de las judías rusas que comenzaban a asomarse a la modernidad tras los cambios que la *Haskalah*¹² introduce en la sociedad judía. Ya en el siglo XX, las reminiscencias de Rakovsky —*Zijroynes fun a yidisher revolutsionerin* (Buenos Aires: Tsentral-Farband fun Poylishe Yidn in Argentine, 1954)— narran en primera persona las experiencias de una revolucionaria y líder del movimiento feminista judío en

12. Ilustración judía.

13. Las *tjines* eran oraciones íntimas escritas al ritmo del ciclo de la vida y de las experiencias biológicas de las mujeres, conmemorando acontecimientos importantes para ellas que la tradición masculina y hebrea había ignorado, hablándole a un Dios más cercano, doméstico y femenino. Las *tjines* eran un género literario donde las mujeres podían dar expresión a la realidad y la experiencia de la vida de las mujeres, y contar historias sobre su piedad y religiosidad a las puertas del mundo moderno. Excluidas del servicio y ritos sinagogaes que los hombres practicaban en hebreo, las mujeres escribieron estas oraciones yídish como una forma de reafirmar la espiritualidad femenina y como resistencia a la tradición patriarcal. Véase WEISLER, Chava: *The Voices of the Matriarchs. Listening to the Prayers of Early Modern Jewish Women*. Boston: Beacon Press, 1998, pp. 3-35.

la Polonia de entreguerras, mientras que las de Rosenfeld —*Brenendike lijt* (Nueva York: Folks-Farlag, 1945)— pintan, al ritmo del ciclo de fiestas del año judío, su infancia en una próspera familia jasídica de la Rusia Blanca en las primeras décadas del siglo XX, mientras a lo lejos se atisba el cruel futuro de la judería asquenazí tras el ascenso al poder de Hitler.

Si bien las *Zijroynes* son las únicas *Memorias* femeninas del periodo que conocemos, la autora alemana, no es, sin embargo, una excepción de la creatividad femenina en la literatura yídish del siglo XVII. Además de mujeres poetas como Hannah Kats y Toybi Pan, o autoras de libros históricos, como Bella Hurwits, de las regiones de Podolia, Galitzia y Volhynia surgieron, contemporáneas a Glikl, autoras de *tjines* —las oraciones yídish que desde el siglo XVII componen y recitan las mujeres asquenazíes¹³. Ellas escribieron plegarias que las judías repetían en la sinagoga, junto a otras mujeres, o, de forma individual, en la soledad del hogar. Súplicas que aparecían en libros de pequeño y barato formato, impresos con un tipo de letra especial denominado *tjine-loshn* (lengua de las *tjines*), o que ni siquiera eran editadas, circulando manuscritas entre grupos de mujeres durante años.

Por otro lado, las memorias de Glikl están salpicadas de citas bíblicas y talmúdicas que nos hacen pensar que era una mujer instruida. Probablemente fue una gran lectora y tenía un amplio conocimiento de la literatura yídish, pero es seguro que no alcanzaba la erudición de otras escritoras judías del siglo XVII del centro y este de Europa. La docta Java de Praga o la poeta italiana Sara Copio Sullam procedían de familias de la elite intelectual o de casas con importantes sabios rabínicos, y por ello, habían recibido una educación más extensa a la norma que incluía hebreo y el conocimiento de las Leyes judías, y libros religiosos y místicos que, por lo general, sólo eran leídos y aprendidos por los hombres. Sin embargo, la educación de Glikl, como la de cualquier hija de un hombre de negocios, fue sin duda más elemental. En general, a las niñas se les enviaba al *jéder*¹⁴ sólo durante un par de años para que aprendieran a leer y escribir en yídish. Si procedían de una familia de comerciantes, además se les enseñaba algunas nociones básicas de contabilidad y aritmética con el fin de que ellas, en caso de tener que llevar solas los negocios familiares, pudieran valerse por sí mismas, sin tener que recurrir a una ayuda masculina, ya que este contacto podía dar origen a deseos o actos pecaminosos.

Ya que escasísimas eran las mujeres que dominaban el hebreo y podían pues tener acceso a la literatura en la Lengua Sagrada, los libros escritos para la audiencia femenina estaban siempre en yídish. La prolífica produc-

14. Escuela elemental judía.

ción que desde el siglo XVI comenzó a aparecer en esta lengua incluía traducciones de la Biblia, libros de moral y ética, y adaptaciones de trabajos religiosos en hebreo¹⁵. Fue sin duda aquí, en esta literatura popular dirigida especialmente a las mujeres que estaban interesadas en autoeducarse, donde Glikl formó su amplio —pero limitado— conocimiento en los textos religiosos de la tradición judía y de donde extrajo todas las citas, proverbios y material moral y ético que aparece en sus escritos.

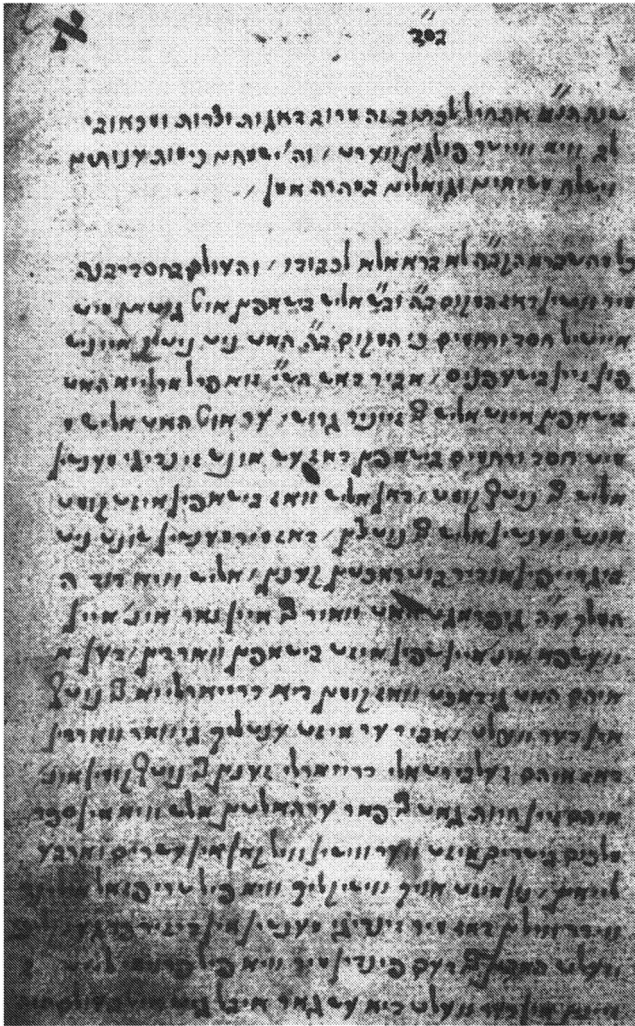
Las *Zijroynes* de Glikl bas Judah Leyb, redactadas de forma entrecortada entre 1689 y 1719, son uno de los grandes tesoros de la literatura yídish, no sólo porque han conservado las extraordinarias vivencias de esta comerciante judía del Hamburgo del siglo XVII sino también por todo aquello que, como texto privado, revelan sobre la Glikl mujer, aquella que decidió qué mujeres y hombres, judíos y cristianos, iban a acompañarla en su historia, qué quería, podía o era conveniente contar y qué secretos permanecerían ocultos.

El primer libro de estas memorias, que sirve de introducción a la historia de la vida de Glikl —contada en los seis libros que le siguen—, deja ver además a la Glikl autora de lo privado y lectora de libros yídish. Aunque la oiremos confesar que no era su intención escribir un libro de moral —para ello ya estaban los grandes sabios judíos—, esto forma parte de su finísima ironía y de su rebeldía también. Porque en verdad este primer libro de las *Zijroynes* es un pequeño tratado de moral que Glikl escribió para matar la melancolía de su soledad y demostrarle a sus hijos que una mujer no sólo podía ser madre, esposa y una buena comerciante; también podía escribir, en yídish, una obra piadosa, igual que los hombres.

Primer libro de las Memorias de Glikl bas Judah Leyb

Todo lo que Dios ha creado, ha sido para gloria de Él, que quiso que el mundo se construyera de bondad. Sabemos que el Señor, bendito sea Su nombre, lo ha hecho todo nada más que con gracia y misericordia. Porque Él, bendito sea, no necesitaba ninguna de sus creaciones, pero si el bienaventurado Dios las hizo, fue para que todas ellas fueran aprovechadas por nosotros, mortales pecadores. Pues cada cosa creada nos es de alguna utilidad, aunque no alcancemos a comprenderla o imaginarla. Como el rey David, que en paz descansa, que pensó: «¿Para qué pueden servir un tonto, una avispa y una araña en este mundo?». Y finalmente él mismo

15. RAMOS GONZÁLEZ, Alicia: "Daughters of Tradition: Women in Yiddish Culture in the 16th to 18th Centuries". *European Journal of Women's Studies*, 12/2 (2005), 213-226.



lo averiguó cuando —según está escrito en el *Libro de Reyes*— estas tres criaturas, junto con Dios, le salvaron la vida. Quien desee saber acerca de esto, puede leerlo en nuestra *Tanaj*¹⁶.

Bien es sabido que muchos mortales viven en este mundo de paso tristes, solitarios y llenos de preocupaciones, y que muchos hombres piadosos sufren y están desamparados. Sin embargo, hay tanto infame que vive con

16. Los veinticuatro libros que componen la Biblia hebrea. La *Torah* es la primera parte de las tres en la que está dividida la *Tanaj* y se corresponde con los cinco libros del *Pentateuco*.

grandes lujos y riquezas. Mientras él y sus hijos llevan una buena vida, el justo y piadoso sufre junto a los suyos. Nosotros podríamos llegar a pensar: ¿cómo puede ser esto? ¡Si Dios, el Todopoderoso, es un sabio juez! Pero yo particularmente creo que *también esto es vanidad*¹⁷, porque las obras de Dios, bendito sea, lo que el Señor hace, no se pueden descubrir ni desentrañar.

Nuestro maestro Moisés quiso saber y dijo: *Enséñanos el camino*¹⁸. Pero igual que él no podía conocer todo, nosotros tampoco podemos comprenderlo todo. En cualquier caso, lo que es seguro es que este mundo no fue creado más que como lugar de tránsito del mundo venidero. Y por eso el Señor, con Su gran bondad, hizo todo lo que aquí efímero. Si nos conducimos correctamente y servimos bien a nuestro gran Señor, Él, sin ayuda alguna, nos conducirá desde este mundo ingrato lleno de maldad a la unión con la pureza y bienaventuranza. En este mundo, angustias y goces duran muy poco. Los hombres apenas viven *setenta años*¹⁹. ¡Qué rápido corre el tiempo! ¡Cuántos cientos de miles de personas ni siquiera alcanzan esta edad! Sin embargo, el mundo venidero será eterno y durará por siempre.

*Qué bondad tan grande, Señor, reservas para tus fieles*²⁰. Dichoso aquél a quien el Supremo recompense con ese mundo eterno y que nunca pasa. Porque todas las penas, preocupaciones y aflicciones que la gente tiene en el mundo duran sólo un poco. Cuando llega la hora de partir, aquellos que sufrieron y penaron mueren exactamente igual que el que pasó su vida entera con gran regocijo y prosperidad. Pero, evidentemente, el pobre que, desdichado él, ha pasado sus días entre penalidades y angustias muere en paz. Pues, dice la *Torah*, *puse mis esperanzas en este día*²¹. Para él, cada día era una muerte, confiando siempre en que el Señor le daría lo mejor en el mundo venidero. En su desdicha, tenía la seguridad de que Dios tenía una gran deuda con él: porque todos los placeres y todos los consuelos del mundo están en el mundo venidero, *cuando entre a ver el rostro de Dios*²². Por lo tanto yo, de acuerdo a mi limitada inteligencia de mujer, pienso que este sufrimiento no es demasiado difícil de soportar.

No es así en el caso del perverso rico que sólo ha encontrado placer en sus bienes y no se ha privado de nada, viviendo él y sus hijos sin nin-

17. Ecl 2,15. A partir de ahora las citas bíblicas que en el texto original aparecen en hebreo y, a continuación, en yídish, serán señaladas en la traducción en cursiva y las notas harán referencia al versículo exacto al que refieren.

18. Ex 33,13.

19. Sal 90,10.

20. Sal 31,20.

21. Sal 25,5.

22. Sal 42,3.

gún freno. Cuando también a él le llegue el momento de abandonar este mundo y piense en los placeres, alegrías y bienes que tuvo en la tierra, y, sobre todo, cuando en su última hora recuerde que todo lo bueno que le concedió el Señor aquí no lo usó para servir a Dios; cuando piense que debe dejar todas sus riquezas y despedirse de este mundo para marchar al otro, renunciando a su dignidad y rindiendo cuentas de cómo se condujo en la tierra, mucho más duro y amargo le será a él este viaje que al pobre.

Pero, mis queridos hijos, ¿qué necesidad hay de seguir hablando de esto?

He comenzado a escribir, con la ayuda del cielo, tras la muerte de vuestro piadoso padre y lo hago para terminar con el abatimiento, un poco por placer, para cuando me asalta la melancolía y tengo graves preocupaciones, pues ahora estamos *como rebaño sin pastor*²³. Paso muchas noches en vela y, por temor, no lo quiera Dios, a caer en la melancolía, me levanto a escribir en las horas de insomnio.

¡Queridos hijos míos! No pretendo escribir para vosotros un libro de moral. No sería capaz. Nuestros eruditos en la *Mishnah* y la *Guemarah*²⁴ ya han hecho muchos libros y además tenemos nuestra Santa *Torah*, de la que podemos aprender todo lo que nos es útil y a la que podemos aferrarnos con firmeza para pasar de este mundo al mundo futuro.

Un ejemplo. Navegaba un barco por alta mar. Uno de sus pasajeros, en cubierta, recibió un fuerte golpe de mar que lo hizo caer al agua y comenzó a hundirse. El capitán, al verlo, le lanzó una cuerda y le dijo que se sujetase firmemente a ella para no ahogarse. Pues bien, nosotros, en este mundo, es como si estuviéramos flotando en el mar, sin saber en qué momento podemos ahogarnos.

El Todopoderoso Dios, en gracia y misericordia, nos creó sin pecado y sólo por la falta del primer hombre la maldad está en nosotros. Él también formó muchas huestes de ángeles, carentes del instinto del mal, para ejecutar su voluntad y hacer sólo cosas buenas, y, frente a ellas, el Señor creó al ganado, a las bestias, a las aves y a toda clase de criaturas que no saben nada del bien. Nosotros fuimos hechos *a su imagen*²⁵, como los ángeles, pero con voluntad para elegir el mal, no lo quiera Dios, o el bien. Después el grande, compasivo y bondadoso Dios con Su gran misericordia nos lanzó una cuerda a la que sujetarnos con fuerza. Ésta es nuestra Santa *Torah*, que nos ayuda a no ahogarnos. Ella nos dice cómo comportarnos, pues en

23. II Cr 18,16.

24. Las dos partes que conforman el *Talmud*. La *Mishnah* es un conjunto de tradiciones legales basadas en la *Torah* y comentadas en la *Guemarah*.

25. Gn 1,27.

nuestra querida *Torah* está establecido que debemos ser piadosos y hacer sólo el bien, como los ángeles. En la *Torah* están escritos la recompensa por obedecer los Mandamientos y el castigo por pecar; por lo tanto, *escoge la vida*²⁶.

Dios no desea que nos apartemos de Nuestro Creador y vivamos como se le antoje a nuestros duros corazones, como los animales, que no tienen premio ni castigo en este mundo ni en aquél. Si nos comportásemos así, seríamos peor que las bestias, porque éstas, cuando caen muertas, no han de rendir cuentas a su Creador, pero el pobre hombre, cuando fallece, sí debe hacerlo inmediatamente. Es conveniente, pues, que vayamos preparándonos para ello mientras aún estamos vivos, ya que de sobra sabemos que somos pecadores y que el instinto del mal domina en nosotros, pues *no hay en el mundo nadie tan honrado que haga el bien sin pecar nunca*²⁷. Por lo tanto, el hombre, tan pronto como cometiese un pecado —grande o pequeño— debería, como han escrito nuestros maestros de moral, arrepentirse y hacer penitencia para que éste fuese borrado del memorial y en su lugar se anotase el cumplimiento de un mandamiento. Pero si el hombre pecador vive hasta el final de sus días haciendo el mal, como un animal y muere llevándose todos sus pecados, ¡cómo será para él el mundo venidero si su libro está todo lleno de pecados y al otro lado de la página, donde tendría que aparecer el pago de las deudas que se derivan de su arrepentimiento y las buenas obras, está completamente en blanco! Entonces, pecador, si estás en deuda ¿con qué pagarás a tu Hacedor que lealmente te avisó? ¿Por qué escribo yo sobre todos los sufrimientos y penas que el hombre que peca debe padecer y sobre la ansiedad y angustia que soporta hasta que salda su deuda? Porque el Señor es piadoso y reclama lo que se le debe en este mundo. Si el hombre paga sus deudas, una a una, con penitencia, oración, caridad y buenas obras, puede dejarlas saldadas en la tierra. Dios no exige que se le atormente con el arrepentimiento. ¡No! Todo ha de hacerse correctamente, como nuestros sabios han dicho y como está escrito en nuestra *Torah*. Y si un hombre actúa así, entonces limpiará su memorial aquí, sin llevar nada pendiente hasta el mundo venidero, y podrá presentarse gozoso ante su Creador. Dios es misericordioso porque, ¿qué más le daría si no a Él que un hombre fuera bueno, o, no lo quiera Dios, malvado? Debido únicamente a su gran justicia y a su gran compasión, Él obra con nosotros *como el padre que tiene misericordia de sus hijos*²⁸.

26. Dt 30,19.

27. Ecl 7,20.

28. Sal 103,13.

Porque somos sus hijos, Él, Bendito sea su Nombre, tendrá misericordia de nosotros si nosotros mismos rezamos, *¡como el padre que tiene misericordia de sus hijos!* ¡Ay, si el Señor no se compadeciera como un padre humano lo hace de sus niños! El hombre que tiene un hijo malvado, lo cuida y ayuda, dos, tres veces, pero al final sucumbe y lo aparta de él, aun sabiendo que ello será su perdición. El Señor no es así. Nosotros, pobres hijos, pecamos contra nuestro Padre que está en el cielo, en todo tiempo, a cada minuto, a cada momento, y el gran Padre Celestial, a través de su misericordia, nos hace saber que, aunque estemos sucios por nuestros pecados, si le llamamos de corazón, arrepintiéndonos de nuestros males, Él, de nuevo, se apresurará a acogernos.

Por lo tanto, hijos queridos de mi corazón, no perdáis la esperanza, arrepentíos, haced oración y obrad con justicia, la misericordia de nuestro magnánimo Dios es inmensa. Nuestro Señor es un Dios compasivo, generoso y paciente; un Dios piadoso, clemente, que contiene la ira y es tan justo con el malvado como lo es con el bueno si aquél abandona sus malas obras y se arrepiente a tiempo.

Deberíamos intentar pecar lo menos posible, pues cada pecado es un agravio al Padre Celestial. Si uno de los Mandamientos es honrar al padre y a la madre, con más razón debemos guardarnos de enfurecerle a Él, que nos creó a nosotros y a nuestros mayores, desnudos y sin nada. Y el Gran Padre nos da la vida, alimento, bebida, vestido y sacia todas nuestras necesidades con sus indulgentes manos santas. Aunque uno tenga aquí más que otro, no somos quién para juzgar, puesto que unos recibirán su recompensa en este mundo y otros en el mundo venidero. Lo que no debéis olvidar es que el Todopoderoso y Benefactor Padre nunca yerra. Si un hombre justo padece en este mundo, bien puede estar seguro de que su reposo estará garantizado en el mundo venidero y de que allí gozará de riquezas y placeres—todo aquello que no tuvo aquí y que vio disfrutar a muchos hombres malos mientras él, un hombre piadoso, no tenía nada para comer. Pero lo aceptó con resignación, alabando y dando gracias por todo a su Creador; por eso cuando llegue su final, se acabarán sus calamidades y marchará hacia el Señor, su Juez. Entonces descubrirá por qué en la tierra penan el justo y el piadoso mientras los malvados y altivos patrones viven muy bien, y comprenderá que la piedad y la fe son buenas para el justo, y alabará y dará gracias al Señor.

Si Dios le envía algo a un hombre es porque así debe ser. Nosotros somos pecadores, malos hijos a los que el siempre Compasivo Dios quiere educar, para que nos convirtamos en buenos hijos, servidores de nuestro Misericordioso Señor y Padre. Éste es el motivo de su castigo, para que aprendamos de él a ir por el buen camino. Porque todo lo bueno que el

Señor nos da, no nos lo merecemos en absoluto. No hay recompensa suficiente para pagar todo lo que hace por nosotros.

Podría continuar escribiendo sobre esto, pero sería muy extenso. Aunque hemos de recordar que todo lo que tenemos, todo, es por Su gran gracia y misericordia, y todo son dones gratuitos. Si algunas veces somos castigados es para que paguemos por nuestras obras. Es bueno, pues, que Dios castigue en este mundo y que se acepte todo con amor. Esto es lo que vais a leer en el cuento del médico, una historia que tomé del libro de moral del Gaón Abraham, el hijo de *reb* Shabetay Leví. Si, Dios no lo quiera, el Señor envía a alguien dificultades y sufrimientos, es algo que debe aceptarse con resignación.

* * *

Érase una vez un rey que tenía en su corte a un médico muy sabio y de su total confianza. Pero un buen día el médico hizo algo que contrarió al monarca y éste, encolerizado, ordenó que se le castigase y torturase, que le atasen con cadenas manos y pies, que sus finas vestiduras fueran sustituidas por gruesas y rasposas ropas, y que no se le diese de comer sino un pedazo de pan de cebada y un pequeño odre de agua. Dispuso además el monarca que los guardianes de la prisión estuvieran atentos a sus conversaciones e informaran periódicamente de cuanto oyeran.

Trascurrido un tiempo, los guardianes se presentaron ante el rey y le dijeron:

«Nosotros no hemos escuchado nada, pues absolutamente nada ha hablado vuestro médico. De lo único que nos hemos dado cuenta en este tiempo es que es un hombre muy sabio».

Después de que el médico hubiera estado un largo tiempo en prisión, el rey mandó llamar a sus familiares, que se presentaron aterrados ante el monarca, temiendo que el rey quisiera hacerles saber que el médico iba a morir. Pero cuando estaban allí, el rey les ordenó que fueran a visitar al médico en la prisión y hablaran con él, pensando que tal vez esto lo animase y pudiera llegar hasta sus oídos la charla que mantuviera con ellos.

Sus parientes fueron a ver al médico y comenzaron a hablar con él:

«Nuestro noble amigo, nos causa gran dolor ver el sufrimiento de vuestro cuerpo en esta prisión. Se os castiga y tortura con cadenas en cuello y pies. En lugar de los buenos alimentos que solíais tomar, vuestra comida es ahora sólo un trozo de pan de cebada y el buen vino que solíais beber ahora no es más que un odre de agua. Nuestro noble amigo, antes siempre vestido de terciopelo y seda, y ahora sólo con gruesa vestidura de rasposa

lana. Pero a pesar de ello, estamos sorprendidos de ver que vuestro rostro, señor, no ha cambiado absolutamente en nada, que la carne de vuestro cuerpo no se ha reducido y que vuestras fuerzas están íntegras. Exactamente como nuestro noble amigo estaba en su mejor momento, así nos lo encontramos ahora. Rogamos pues a nuestro señor que nos diga cómo puede soportar este enorme sufrimiento y todavía continuar entero».

El médico respondió a sus parientes:

«¡Mis queridos amigos! Cuando entré en la prisión tomé siete clases diferentes de hierbas, las mezclé todas, las desmenucé bien y me hice con ellas un brebaje. De él bebo todos los días un poco y ésa es la razón de que mi rostro parezca inalterado, de que mi carne no vaya disminuyendo, de que haya mantenido mis fuerzas íntegras y soportado estos sufrimientos. Estoy muy contento».

Ante esto, sus parientes le dijeron:

«¡Nuestro noble amigo! Te rogamos encarecidamente que nos digas cuáles son las hierbas que el señor puso en su brebaje. En caso de que algunos de nosotros hallárase en la misma situación que nuestro señor está padeciendo, con grandes sufrimientos y calamidades, ¿podríamos nosotros también preparar tal brebaje y beber de él, confiando en que no íbamos a morir de dichos sufrimientos y calamidades?»

El médico les dijo:

«Mis queridos amigos, os lo voy a contar.

»La primera hierba es la confianza que tengo en que el Señor me protegerá de todos estos sufrimientos y calamidades, aun cuando puedan llegar a ser incluso peores y vengan también de la mano del rey. Porque *el corazón del rey está en las manos de Dios*²⁹. Lo que Dios, bendito sea, quiera, eso es lo que ha de hacer el rey.

»La siguiente hierba es la esperanza y los buenos consejos que yo mismo me doy: aceptar todos los sufrimientos con amor. Es un buen consejo para no ahogarme en mis desesperanzas.

»La tercera hierba es que sé que pequé y que a causa de mis trasgresiones fui encarcelado, y padezco grandes angustias y penalidades. Puesto que todo se debe a mis pecados, únicamente yo soy culpable. ¿Por qué entonces impacientarme o lamentarme? Así está escrito: *son vuestras culpas las que crean separación entre vosotros y vuestro Dios*³⁰. Nuestros hombres eruditos también lo han dicho, ninguna pena viene sin pecado.

»La cuarta hierba es lo siguiente: sí perdiese mi paciencia y no pudiese soportar las angustias y penalidades, ¿qué diría o qué podría hacer frente

29. Prov 21,1.

30. Is 59,2.

a ello? A buen seguro que esto sería incluso peor. Si muriera antes que el rey lo ordenase, seguramente fuera peor. Como dijo el rey Salomón: *vale más perro vivo que león muerto*³¹.

»La quinta hierba es que sé que gracias a la pesada y dura carga con la que estoy siendo castigando en este mundo, el Señor me aliviará de todos mis pecados en el mundo venidero y seré merecedor de él. Pues así está escrito: *dichoso el hombre a quien Dios corrige*³². Por lo tanto, me regocijo con mis angustias y con esta alegría traigo al mundo un gran bien. Así lo dice también el *Talmud*: *Todo el que se alegra con sus sufrimientos trae la salvación al mundo*.

»La sexta hierba es que, en cierta manera, estoy contento y doy gracias y alabo por todo esto al Señor. Porque podría sufrir más aún que con estas cadenas de hierro, si me pegaran y azotaran con palos y varas o con otras torturas que fueran peor que la muerte. Ahora como pan de cebada, pero si el rey lo hubiera deseado, podría no tener nada que comer, ni pan de cebada ni de trigo. Él deja que me den un odre de agua, pero si lo hubiese deseado, no tendría nada que beber. Visto ropas de gruesa lana rasposa, pero si el rey lo quisiera, yo tendría que deambular completamente desnudo verano e invierno. Y sería posible que mis torturas fueran tan insoportables que deseara que *si era de día anocheciera y que la noche se volviese día*³³. Así que asumo mis padecimientos con amor.

»La última hierba es que la ayuda de Dios llega en un abrir y cerrar de ojos. Porque *Dios es compasivo y clemente*³⁴ y perdona al que hace mal. Lo que Dios da, Dios puede quitar, curando penas y sufrimientos.

»Así, queridos amigos, encontré las siete hierbas y las usé. Esto ha preservado mi rostro y mis fuerzas».

Entonces, que todo hombre temeroso de Dios tome gustoso y con alegría el castigo del Señor, porque los sufrimientos serán salvación para su cuerpo y un mérito para el mundo venidero, que es eterno. Como se puede leer en el cuento, esto le hará confiar en que su Creador le recompensará con bien.

* * *

¡Queridos hijos! No quiero redundar más en esto, porque me extendería demasiado y ni diez libros más serían suficientes. Leed sobre ello en el

31. Ecl 9,4.

32. Jb 5,17.

33. Dt 28,67.

34. Jon 4,2.

Brantshpiegel, el *Leftov*³⁵ y otros libros de moral yídish, ahí encontraréis todo. Os lo pido, queridos hijos, ¡sed pacientes! Si el Señor os envía un castigo, aceptadlo con entereza y no dejéis de rezar, quizá Él tenga misericordia. Quién sabe lo que es mejor para nosotros, pecadores. Si es más conveniente que vivamos aquí con grandes riquezas y prosperidad, disfrutando todo el tiempo en este lugar de paso, o que el Padre Celestial demande mucho de nosotros en este mundo de pecado para que tengamos nuestros ojos siempre fijos en el cielo, implorando a cada momento de corazón y con ardientes lágrimas a nuestro Misericordioso Padre. Estoy segura de que nuestro leal y bondadoso Dios se compadecerá de nosotros y nos rescatará de nuestro largo y triste exilio. Su piedad es grande, lleno está de compasión. Lo que Él prometió, vendrá. Seamos pacientes.

Mis queridos hijos, sed piadosos y buenos, servid a Dios, nuestro Señor, con todo vuestro corazón, tanto si os da lo bueno, como si, Dios no lo quiera, os da lo malo. Así está escrito en el *Talmud*. Si el Señor os castiga, no os desconsoléis. Recordad, todo viene del Señor. Si Él decide que se os muera, Dios no lo permita, un hijo, parientes o amigos, no os apenéis demasiado, porque no los creasteis vosotros. Cuando al Magnánimo Dios, su Hacedor, le agrade, los tomará de nuevo consigo. ¿Qué puede hacer el indefenso mortal sino seguir su camino? Haced lo mismo si el Señor os castiga con la pérdida de vuestras riquezas. El Señor da y toma. Desnudos nacimos y desnudos deberemos de nuevo partir. Ningún dinero nos ayudará. Mis queridos hijos, el hombre ha de resignarse, porque todo lo que pierda o gane no es suyo, sólo es prestado.

¿Cuándo entonces ha de desconsolarse un hombre? Si algún día no cumple un mandamiento y, más aún, si, Dios no lo quiera, peca. Porque nosotros no hemos nacido para otra cosa que no sea servir a Dios, cumplir sus mandamientos y aferrarnos a nuestra Santa *Torah*, porque esa es tu vida y la longitud de tus días³⁶.

Todo hombre tiene el deber de trabajar duro para mantener dignamente a su esposa e hijos. Con, *el que hace justicia en todo momento*, el *Talmud* quiere decir, aquél que puede hacerse cargo de sus hijos y su familia. Si Dios le ayuda, podrá hacer caridad con el pobre. Entonces él, alabado sea, será feliz, pues este esfuerzo también es un mandamiento. Porque el Padre Celestial, nuestro único Dios, hizo el mundo con sabiduría. Un padre ama

35. Ambos libros fueron lecturas cotidianas de la audiencia femenina yídish de los siglos XVII-XIX. El *Brantshpigl* (Cracovia, 1596) es un libro de moral en el que se especifican los deberes de las esposas y de las madres y el *Leftov* (Praga, 1620) es guía ética dirigida especialmente a las «lectoras piadosas».

36. Dt 30,20.

a su hijo, igual que los familiares y parientes se aman los unos a los otros. Sin esto, el mundo no podría existir.

El Todopoderoso Dios estableció, con su misericordia, que los padres debían amar a sus hijos y ayudarles a ir por el buen camino. Y que los hijos, tomando su ejemplo, harían lo mismo con los suyos propios.

Sobre esto habla la siguiente fábula:

Érase una vez un pájaro que tenía tres polluelos. Estando con ellos a orillas del mar, el padre pájaro se dio cuenta que comenzaba a arreciar el viento y que el mar, todo alborotado, rompía con fuerza en la orilla. Dijo a sus hijos:

—«¡Si no cruzamos ahora mismo el mar volando estaremos perdidos!»

Pero los jóvenes polluelos aún no podían volar. Así que cogió el padre pájaro a uno de sus hijos con las garras y empezó a cruzar el mar. Cuando estaban a mitad de camino, le preguntó al polluelo:

—«Hijo mío, ¿te das cuenta de las preocupaciones que me causas y de cómo arriesgo mi vida por tu bien! Cuando sea mayor, ¿serás tu también bueno conmigo y me mantendrás?»

—«Padre querido de mi corazón, tú llévame a la orilla del agua. ¡Cuando seas viejo haré por ti cuanto me pidas! En ese mismo momento, papá pájaro arrojó a su hijo al mar y el pequeño polluelo se ahogó».

Y dijo:

—«¡Esto es lo que hay que hacer con un mentiroso como tú!»

Después el padre pájaro regresó y cogió a otro de sus polluelos. Cuando estaban en mitad del mar, hizo de nuevo la misma pregunta al joven pajarito. Éste, exactamente igual que el primer polluelo, también le dijo que haría por él todo lo mejor del mundo. Pero el padre pájaro lo arrojó al mar y dijo:

—«¡Tú también eres un mentiroso!»

Y de nuevo voló a la costa para coger al tercer polluelo. Cuando iba con éste a mitad de camino sobre el mar, le preguntó también a él:

—«Te das cuenta, hijo mío, de lo que debo sufrir al arriesgar mi vida por tu bien. Cuando yo sea viejo y ya no pueda moverme, ¿te portarás tú así conmigo y me alimentarás en mi vejez como yo estoy haciendo mientras eres pequeño?»

El polluelo contestó a su padre:

—«Mi querido padre, es verdad todo lo que dices, que te causo muchos desvelos y preocupaciones. Es mi deber resarcirte por ello, pero no puedo prometértelo con seguridad. Lo que sí prometo es que si alguna vez yo también tengo polluelos, haré con mis hijitos como tú has hecho conmigo».

El padre dijo así:

—«Dices bien, eres inteligente. Te dejaré vivir y te ayudaré a llegar al otro lado del agua».

Con esta historia podemos ver que Dios ha creado al pájaro con razón para poder criar a sus polluelos y que, mientras que los mayores ponen gran cuidado en la crianza de sus hijos, éstos, si llegasen a tener tantos problemas y preocupaciones con sus mayores, pronto se cansarían.

Y volviendo de nuevo a nuestro propósito. Nosotros, los hombres, deberíamos amarnos los unos a los otros, como está escrito, *amarás a tu prójimo como a ti*³⁷. En verdad, éste es un tema importante. Pero en los tiempos que corren, muy pocas veces encontramos a alguien que ame a su prójimo con todo su corazón. Al contrario, si uno puede arruinar a otro, lo hará. Que los padres amen a sus hijos no es algo maravilloso. Sucede lo mismo entre los animales irracionales, que alimentan a sus criaturas durante mucho tiempo, hasta que pueden valerse por sí mismas, y después éstas abandonan a sus padres. Nosotros, los humanos, somos en este sentido mejores y demostramos nuestra inteligencia, ya que no sólo alimentamos y educamos a nuestros hijos hasta que son mayores, sino que además, durante el resto de la vida, nos preocupamos de su bienestar. Hay gente que dice: ¿De qué sirve que me preocupe eternamente por mis hijos? ¿No es suficiente con que los haya criado y atendido, con que me haya desvelado por ellos, que les haya procurado buenas dotes y buenos emparejamientos? ¡De ahora en adelante, que cuiden de sí mismos, que se busquen la vida!

En realidad este es el verdadero camino pues, ¿por qué el hombre ha de ser siempre un esclavo? Sí, esto es razonable y bueno cuando tus hijos y amigos cercanos están en buena posición y todo les va bien. Pero si, Dios no lo permita, no es así, ¿qué hombre con razón y corazón puede renunciar a cargar el yugo de sus hijos y sus allegados?

*Raquel llora inconsolable a sus hijos que ya no viven*³⁸, *yo soy un hombre que ha probado el dolor*³⁹. Realmente, no hay pena más grande que la de perder a un hijo. Así que, de acuerdo a mi corta inteligencia, creo que habría sido mucho más fácil para Abraham que el Señor le hubiera pedido que se sacrificase él, un anciano, y no que matase a su querido hijo Isaac. Pues, ¿quién puede presenciar el asesinato de su familia?⁴⁰ Sin embargo, Abraham obró guiado por el gran amor que sentía por el Señor y por el cual ninguna cosa le era realmente difícil.

37. Lv 19,18.

38. Jr 31,15.

39. Lm 3,1.

40. Véase Est 8,6.

Así, aunque, Dios no lo quiera, no tuviéramos ningún otro ejemplo, éste sólo ya es bastante: debemos servir con amor al Señor, sin importarnos lo mundano y pasajero. Si el Todopoderoso, que lo ha dado todo, lo desea, puede volver a reclamarlo. Nosotros no podemos juzgar sus acciones. Es justo con los impíos y con los piadosos, y al revés, tan mal como le va a los justos, le va a los malvados.

Queridos hijos míos, servid a Dios con todo vuestro corazón, sin falsedad ni hipocresía. Haced vuestras oraciones con fervor, temor y veneración, y no habléis en medio del rezo. Considerad esto un gran pecado: si habláis mientras oráis, el Señor se quedará esperando hasta que hayáis terminado vuestra conversación. Sobre esto han escrito muchos de nuestros sabios de la *Mishnah* y la *Guemarah* —libros ya mencionados por mí anteriormente— y vosotros deberéis leer sobre ello. Además de rezar, estudiad la *Torah* tanto como podáis y comportaos con honestidad, manteniendo a vuestras esposas e hijos, pues esto también es un mandamiento. En los negocios, sed particularmente decentes, igual con judíos que con *goym*, porque de no ser así, Dios no lo permita, estaríais injuriando al Señor. Si manejáis dinero o mercancías de otra persona, cuidadlos como si fueran vuestros de modo que, Dios no lo quiera, no se cometa ninguna injusticia ni agravio con nadie. Pues la primera pregunta que se os hará en el mundo venidero es si vuestros negocios fueron hechos con buena fe, si actuasteis con honestidad o, Dios no lo quiera, si robasteis y saqueasteis para reunir vuestras riquezas y, ¡ay, qué desgracia!, por eso pudisteis darles a vuestros hijos grandes dotes y dejarles después de vuestra muerte una gran herencia, pero también angustias y vergüenza. Aquellos malhechores que pierden el mundo venidero por enriquecer a sus hijos, en realidad no estamos seguros de que el dinero estafado permanecerá con ellos. Y, aunque así fuera, sería sólo durante un tiempo y no eternamente. Entonces, ¿por qué perder lo eterno por lo efímero? Si ha de excavarse una montaña de arena, aunque cada día se saque sólo un poco, hay esperanza de que finalmente sea cavada completamente. Pero, perder la eternidad, Dios no lo permita, hay que considerarlo muy bien pues podemos arrepentirnos de ello. Y, quién querría vivir así.

He encontrado esto en los escritos sobre Alejandro de Macedonia:

Escuchó éste que en cierto país vivían, aislados del resto del mundo, unos hombres muy sabios que sólo comían lo que la naturaleza deja crecer y no bebían otra cosa que no fuera agua. No había peleas ni odios entre ellos. No llevaban nada de ropa.

Alejandro de Macedonia que, como sabéis, había conquistado el mundo entero, oyó sobre la vida y la sabiduría de estos hombres y les envió a sus mensajeros para que se presentasen ante él y rindieran honores a su señor, su rey. De no hacerlo, los aniquilaría a todos.

Ellos contestaron:

—«Nosotros nunca vamos a ningún sitio, jamás salimos del país. No anhelamos plata ni oro, pues nos contentamos con lo que Dios nos ha dado y lo que la naturaleza produce. Si vuestro rey quiere venir a matarnos porque no nos presentamos ante él, así puede hacerlo. No precisará de muchas armas, no nos resistiremos. Tampoco nos preocupa nuestra vida porque cuanto antes muramos antes viviremos. Pero si por el contrario vuestro rey desea venir pacíficamente a vernos y aprender de nuestra sabiduría y costumbres, será bienvenido».

Los enviados del rey Alejandro regresaron y le contaron lo ocurrido. De inmediato, el rey y sus mejores hombres se prepararon para emprender la marcha.

El rey Alejandro permaneció varios días allí, escuchando y aprendiendo de su gran sabiduría. Satisfecho y agradecido, les ofreció entonces algunos regalos, que ellos rechazaron arguyendo:

—«No necesitamos dinero, ni plata, ni oro. La naturaleza nos da suficiente».

Ante esto, el rey Alejandro respondió:

—«Pedidme, pues, aquello que deseáis y yo os lo daré».

Ellos dijeron al unísono:

—«Nuestro señor rey, danos la vida eterna».

El rey preguntó:

—«¿Cómo puedo daros eso? ¡Si Dios quisiera que yo la tuviera, me la concedería a mí mismo!»

Los sabios replicaron:

—«Entonces, puesto que tú sabes todo el ardor, trabajo y sufrimiento que le ha costado al rey conseguir cuanto tiene, considera esto: has arrasado muchos pueblos y matado a mucha gente y todo por algo que no podrás mantener eternamente. Entonces, ¿de qué le servirá al rey todo este esfuerzo?»

El rey no supo qué contestar y les dijo:

—«Yo encontré el mundo así, así pues debo dejarlo. ¡El corazón del rey no puede seguir latiendo sin la guerra!»

Puede que esta historia no sea real, sino un cuento pagano, pero la copié aquí para pasar el tiempo y demostraros que en este mundo hay personas que no toman en consideración las riquezas porque confían de corazón en su Creador. Nosotros tenemos otros libros de moral de los que podemos aprender bastantes cosas buenas.

No estoy escribiendo estas memorias porque tenga intención de componer un libro de moral, sino porque, como ya mencioné, tengo que matar

mis largas noches de melancólica añoranza. *Ella pasa la noche llorando*⁴¹. Me he comprometido en ellas y llegaré hasta donde pueda recordar, comenzando con mi infancia. Pero no pretendo, Dios me libre, escribir acerca de mí mejor de lo que realmente soy ni es que, Dios no lo permita, quiera hacerme pasar por una mujer piadosa, o que yo misma me tenga por esto. No. Soy pecadora y mis pecados son demasiado grandes. Todos mis días, horas y minutos están llenos de faltas, pocas son aquellas de las que me libero. *Por eso estoy llorando y mis ojos se deshacen en lágrimas*⁴².

Quisiera hacer penitencia y llorar por todos mis pecados, pero las penas y sufrimientos por mis huérfanos y todos los asuntos profanos no me permiten hacerlo como yo quisiera. Pido al Señor, mi Creador, que me de la gracia y me ayude con las angustias que cargo sobre mí. En lugares recónditos llora mi alma.

Nosotros sólo podemos confiarnos a nuestro Padre Celestial, porque los hombres no compartimos nuestros sufrimientos los unos con los otros, pues siempre pensamos que los nuestros son los peores.

Caminaba un filósofo por la calle cuando se encontró con un buen amigo que comenzó a lamentarse de las graves preocupaciones y dificultades que padecía. El filósofo le dijo:

—«Ven conmigo, subamos por aquí a este tejado». Y el amigo subió con él. Desde allí se podía contemplar toda la ciudad. Entonces el filósofo dijo:

—«¡Ven aquí, amigo mío! Quiero que veas todas las casas de la ciudad, cómo ellas están llenas de problemas y preocupaciones. En aquella hay miseria y nerviosismo, y en aquella otra, apuros e inquietudes. Pero, si quieres, coge, amigo mío, todas tus dificultades y preocupaciones y arrójalas por las casas y en su lugar toma aquellas que...»

Resumiendo, que el filósofo le mostró a su amigo que no había casa en la ciudad en la que no hubiese dificultades y pesares.

Entonces el amigo, observando con detenimiento, se dio cuenta de que era cierto y decidió quedarse con su propia carga.

Y así dice también un proverbio popular:

El mundo está lleno de sufrimientos y cada cual encuentra el suyo.

Entonces, ¿qué podemos hacer?

Si llamamos con todo nuestro corazón al Señor, Él no nos abandonará, vendrá en auxilio nuestro y de todo Israel, nos traerá buenas noticias y consuelos, nos enviará a nuestro Salvador y alargará nuestros días. Amén. Hágase su voluntad.

41. Lm 1,2.

42. Lm 1,16.